

Encuentro con Dios y Servicio al Prójimo

La oración nos ayuda a tener una comunicación y una relación personal con Dios. La Sagrada Eucaristía es alimento esencial que nutre nuestra alma y que nos ayuda en nuestro diario caminar para enfrentar dificultades y nos ayuda a enfrentar las ocasiones de pecado. Es el alimento que nos ayuda a transformarnos y parecernos más a Cristo. A través de los Sacramentos, recibimos la gracia divina, obtenemos el perdón y consolidamos nuestra unión con Cristo. La piedad por lo tanto es de vital importancia para nuestro crecimiento espiritual, por medio de ella fortalecemos nuestra fe y alimenta a nuestra alma y nos ayuda a tener un mayor acercamiento con Dios.

La verdadera oración nos ayuda a ver a nuestros semejantes no por su apariencia física, o por su estatus social o económico, sino que nos permite ver la dignidad o el valor que tenemos como hijos amados de Dios. Cuando podemos mirar como Jesús nos mira, con esa mirada de misericordia y amor dejamos de criticar y comenzamos a ver a nuestros hermanos con mayor compasión, con mayor empatía reconociendo que Dios vive en cada uno de nosotros a pesar de nuestras flaquezas. La comunicación sincera con Dios nos permite soltar el dolor causado por otros, así como el rencor y la envidia, transformando ese peso emocional en una profunda sensación de gratitud y paz interior.

Al comulgar no estamos recibiendo a Jesús de una forma individual, sino que nos unimos de una manera profunda con nuestros hermanos. La Eucaristía no es solamente un acto litúrgico, es también esa energía que nos impulsa a movernos para llevar a cabo esa misión evangelizadora y social que se nos ha encomendado.

La cita bíblica de Mt 25, 31-45 sobre el juicio final es una base fundamental de nuestra fe. Este texto nos habla sobre el compromiso que debemos de tener con la sociedad en especial con los más necesitados. Jesús no solo defiende al necesitado, sino que vive en él. Servir al necesitado es servir a Cristo. En nuestro diario vivir se nos presentan ocasiones en las que podemos marcar la diferencia con nuestros hermanos, pero a veces nos cuesta salir de nosotros mismos e ignorar sus necesidades. Esta cita también nos advierte de las consecuencias eternas al no poner en acción el Evangelio. No basta con aprender la teoría, sino que es de vital importancia ponerlo en práctica en nuestro diario vivir. Nuestra fe debe manifestarse en obras. Al final de nuestras vidas seremos juzgados no solo por el mal que hemos cometido sino también por el bien que pudimos hacer pero que no hicimos.

Después de reflexionar sobre los puntos tratados en este ensayo siento que debo tratar de tener una comunicación más frecuente con Dios. Me gustaría llegar a ver más en lo profundo de los corazones de mis hermanos y hermanas en Cristo y evitar emitir juicios superficiales. Ser juez no es mi papel, el único juez es Dios. Mi misión es la de amar y servir a mi prójimo. Últimamente he sentido la necesidad de salir de mí, de participar más siendo voluntaria en diferentes actividades en mi parroquia y en otras parroquias de mi área. Y también trato de involucrar a mi esposo y a mi hijo en esas actividades. Esta semana por ejemplo le toca a mi parroquia recibir a un grupo de personas sin hogar para pasar una noche en nuestra parroquia, en donde les proveeremos una cama, alimentos y acompañamiento. En otras ocasiones he querido participar, pero por diferentes circunstancias no había podido hacerlo. Hoy estoy muy emocionada por la cita que tenemos con nuestro Señor Jesucristo por medio de nuestros hermanos que necesitan de un refugio. ¡Gloria a Dios!